

que poseia se habia aumentado, y me habia apasionado por esta lengua. ¡ Cuánto sentia no poder continuar el estudio de ella! Dante, Petrarca, Shakespeare, Byron, Walter Scott, Schiller, Goethe, etc., ¡ cuántos amigos me eran robados! Entre ellos enumeraba tambien algunos libros de cristiana sabiduria, como el Bourdaloue, el Pascal, la Imitacion de Jesucristo, la Filotea, etc., libros que si se leyesen con crítica estrecha é iliberal, esclamando á cada falta de gusto que en ellos se halla, á cada pensamiento no válido, se echarian á un lado y no se recogerian nunca, pero que leidos sin maliciar ni escandalizarse de los lados endebles, descubren una filosofía elevada y sumamente sustancial para el corazon, y el entendimiento.

Algunos de estos libros de religion nos fueron enviados despues como dadiva del Emperador, pero con exclusion absoluta de los de otra especie que sirviesen á estudios literarios. Este don de obras ascéticas nos fue impetrado en 1825 á instancias de un confesor dalmaciano, enviado de Viena, el P. Esteban Paulowich, nombrado dos años despues obispo de Cártaro. Fuimos tambien deudores á este de tener al fin la misa, que en un principio siempre se nos negó, diciéndonos que no podian conducirnos en la iglesia, y tenernos separados de dos en dos, segun estaba prescrito. Siendo imposible tanta separacion, ibamos á misa, divididos en tres grupos,

uno en la tribuna del órgano, otro debajo de esta, de modo que no pudiera verse, y el tercero en una capillita que tenia vista á la iglesia por entre una reja.

Maroncelli y yo teniamos entonces por compañeros, pero con prohibicion que una pareja hablara con la otra, á seis reos de sentencia anterior á la nuestra; dos de ellos habian sido vecinos míos en los *Plomos* de Venecia. Nos conducian guardias al puesto señalado, y nos volvian á conducir, acabada la misa á cada pareja en su prision. Venia á decirnosla un capuchino. Este buen religioso concluia siempre su rito con un *Oremus* implorando nuestra soltura, y su voz nos conmovia. Cuando se retiraba del altar, echaba una compasiva ojeada á cada uno de los tres grupos, é inclinaba tristemente la cabeza rezando.

LXXXI.

En 1825 Schiller estaba ya demasiado enclenque á causa de los achaques de la vejez, y le dieron la custodia de otros reos que requerian menos vigilancia. ¡ O cuánto sentimos que se alejase de nosotros, y tambien á él le fue sensible el dejarnos!

Por sucesor tuvo primeramente Kral, hombre no inferior á él en bondad; pero aun á este le dieron en breve otro destino, y nos tocó uno, no malo,

mas desabrido y ageno de toda demostracion de afecto.

Estas mudanzas me afligian profundamente, pues Schiller, Kral y Kubitzky, y en particular los dos primeros nos habian asistido en nuestras enfermedades como un padre y un hermano hubieran podido hacerlo. Incapaces de faltar á su deber, sabian cumplirlo sin dureza de corazon. Si tenian alguna aspereza en los modales, era casi siempre involuntaria, y la rescataban plenamente con las buenas acciones de que usaban con nosotros. Me enfadaba algunas veces contra ellos, mas ¡o cómo me perdonaban cordialmente! ¡cómo anhelaban por persuadirnos que eramos afectos suyos, y cómo se alegraban viendo que estabamos convencidos de ello, y los teniamos por hombres de bien!

Desde que Schiller estuvo lejos de nosotros, varias veces enfermó, y se restableció. Preguntabamos por él con solicitud filial. Cuando estaba convaleciente, venia algunas veces á pasearse debajo de nuestras ventanas. Tosiamos para saludarle, y miraba hácia arriba con sonrisa melancólica, y decia á la centinela de modo que lo oyeramos: *Da sind meine Söhne!* (allí estan mis hijos!)

¡Pobre anciano! ¡qué pena me daba verte derengado de un lado, y no poderte sostener con mi brazo! A ratos se sentaba en la yerba, y leia: eran libros que me habia prestado, y para que yo los re-

conociese, decia el título de ellos á la centinela, ó repetia algunos trozos. La mayor parte de tales libros eran cuentos de calendarios, ú otras novelillas de poco valor literario, pero morales.

A consecuencia de varios insultos de apoplejía se hizo llevar al hospital de los militares. Estaba ya en el peor estado, y dentro de breve tiempo murió. Poseia algunos centenares de florines, fruto de sus largos ahorros, y los habia prestado á algunos de sus camaradas. Luego que vió se acercaba su muerte, mandó llamar á sus amigos y les dijo: no tengo ya parientes, cada uno de vosotros guarde lo que les he prestado. Solo os pido rogueis por mí.

Uno de estos amigos tenia una hija de diez y ocho años, la cual era ahijada de Schiller. Pocas horas antes de morir el buen anciano la mandó venir al lado suyo; y no pudiendo ya proferir palabras claras, se sacó del dedo una tumbaga de plata, último haber suyo, y la puso en el de ella, despues la abrazó, y lloró abrazándola. La cuitada moza daba alharidos, y le inundaba de lágrimas, él se las enjugaba con el pañuelo. Asió las manos de ella, y las paso por encima de sus ojos... Estos ojos estaban cerrados para siempre.

LXXXII.

Los consuelos humanos nos iban faltando uno tras otro; los tormentos eran siempre mayores. Me resignaba á la voluntad de Dios, pero gimiendo, y mi alma en vez de endurecerse en los males, parecia sentirlos cada dia mas dolorosamente.

Una vez me trajeron clandestinamente un pliego de la *Gaceta de Ausburgo*, en el cual estaba relatada una cosa muy estraña sobre mí con motivo de la toma de hábito de una de mis hermanas. Decia pues: «la señora Maria Angela Pellico, hija, etc., etc., » ha tomado, etc., hoy él hábito en el monasterio » de la Visitacion en Turin, etc. Es hermana del » autor de la *Francesca da Rimini*, Silvio Pellico, » el cual ha salido recientemente de la fortaleza de » Espielberga, graciado por S. M. el emperador, » rasgo de clemencia muy digno de tan magnánimo » soberano, y que alborozó á toda Italia, en vista de » que, etc., etc.» Y aquí seguia un elogio de mi persona.

No podia imaginarme con qué fin habia sido inventada esta fábula de mi gracia. Una mera diversion del diarista no parecia verosímil, ¿era por ventura alguna astucia de la policia austriaca? ¿Quién lo sabe? Los nombres de Maria Angela

eran cabalmente los de mi hermana menor; debian sin duda haber pasado de la *Gaceta de Turin* á otros diarios. Luego esta buena muchacha se habia hecho á la realidad monja. ¡ Ah! ¡ acaso ha abrazado este estado, porque ha perdido á sus padres! ¡ Pobre chica! no ha querido que yo solo padezca las angustias de la cárcel; sino tambien que ha querido ponerse enclaustrada. ¡ El Omnipotente la dé, mas de lo que me da á mí, las virtudes de la paciencia y de la abnegacion! ¡ Cuántas veces en su celda este ángel pensará en mí! ¡ cuán á menudo hará duras penitencias para obtener de Dios que alivie los males de su hermano!

Estas reflexiones me enternecian, y atravesaban el corazon. ¡ Demasiado que mis desgracias podrán haber influido en abreviar los dias de mi padre é madre, ó de entrambos! Cuanto mas pensaba en ello, tanto mas imposible me parecia que sin esta pérdida Mariquita hubiese abandonado el techo paterno. Esta idea me oprimia como certeza, y caí desde entonces en el más angustioso pesar.

Maroncelli no estaba menos contristado que yo. A pocos dias, se dedicó á componer una lamentacion poética sobre la hermana del preso. Resultó un poemita precioso que respiraba melancolía y dolor. Cuando le hubo finalizado, me le recitó. ¡ O cómo le agradecí su finura! Entre tantos millones de versos que hasta entonces se habian hechos para mon-

jas, probablemente estos eran los únicos que se compusieron en cárcel para el hermano de la religiosa por un compañero de cadenas. ¡Qué concurso de ideas patéticas y religiosas!

Así la amistad endulzaba mis dolores. ¡Ah! desde este momento no se pasó día sin que mi pensamiento no anduviera errante por un convento de vírgenes; sin que entre estas no considerara con mas tierna compasion á una; y no pidiera fervorosamente al cielo de embellecerle la soledad, y de no permitir que la fantasía le pintase con demasiado horror mi reclusion.

LXXXIII.

El haberme venido clandestinamente esta gaceta no debe hacer imaginar al lector que eran frecuentes las noticias del mundo que conseguia procurarme. No: todos eran buenos alrededor mio, pero todos aprisionados de sumo miedo. Si se hacia en secreto alguna leve contravencion á la disciplina, solo era cuando no parecia tener riesgo alguno; y era difícil que pareciese no haberlo en medio de tantas requisas ordinarios y extraordinarias.

Nunca me fue dado tener ocultamente noticias de las personas que yo amaba y que estaban lejos, esceptuando el consabido relato concerniente á mi hermana.

El temor que tenia que mis padres no estuviesen ya con vida, de allí á algun tiempo antes bien se aumentó que disminuyó, con motivo del modo como una vez el director de policia vino á anunciarme que en mi casa lo pasaban bien.

— S. M. el Emperador manda, dijo él, que participe á vos buenas nuevas de los parientes que teneis en Turin.

Estremecíme de placer y sorpresa al oír esta participacion que antes nunca se me habia hecho, y pregunté mayores particularidades.

— Dejé en Turin, dije al director, padre, madre, hermanos y hermanas. ¿Viven todos? Ea, pues, si vos teneis una carta de alguno de ellos, os suplico me la enseñeis.

— No puedo enseñar nada. Debeis vos contentaros con eso. Es siempre una prueba de benignidad del Emperador de mandaros á decir estas consoladoras palabras, lo cual todavía no se ha hecho por nadie.

— Concedo que es prueba de benignidad del Emperador, pero vos conoceréis que me es imposible sacar consuelo de palabras tan indeterminadas. ¿Cuáles son mis parientes que lo pasan bien? ¿No he perdido á ninguno?

— Siento no poder deciros mas de lo que se me ha impuesto. Y sin mas se retiró.

La intencion era ciertamente de acarrear me un

alivio con esta noticia; pero me persuadí que al mismo tiempo que el Emperador habia querido ceder á las instancias de algun pariente mio, y consentir á que me trajesen este aviso, no queria que se me enseñase ninguna carta para que yo no viese cuál de mis parientes me faltaba.

De allí á algunos meses, me trajeron un anuncio semejante al referido sin ninguna carta, ni esplicacion de mas.

Vieron que no me contentaba con tan especial favor, y que permanecia aun mas afligido, por lo que ya no me dijeron nada mas de mi familia.

El imaginarme que habian muerto mis padres, y tambien quizá mis hermanos, y Josefa mi otra amadísima hermana, y que tal vez Mariquita la única que sobrevivió iba muy pronto á acabarse en las angustias de la soledad, y en las austeridades de la penitencia, me desaparegaba mas y mas de la vida.

Algunas veces invadido cruelmente de los achaques habituales, ó de otros nuevos, como cólicos horribles con síntomas muy dolorosos y parecidos á los del *colera morbo*, esperé morir; sí, la expresion es exacta, *esperé*.

Y con todo eso, ¡o contradicciones del hombre! echando una ojeada hácia mi lánguido compañero, se me encogia el corazon al pensamiento de dejarle solo, y deseaba de nuevo la vida.

LXXXIV.

Por tres veces vinieron de Viena personajes de alto rango á visitar nuestras prisiones para asegurarse que no se cometian abusos de disciplina. El primero fue el baron Von Münch, el cual, apiadándose de la escasa luz que teniamos, nos prometió que imploraria el poder prolongar nuestro dia, haciéndonos poner durante algunas horas de la noche un farol en la parte exterior del postiguillo. Su visita fue en 1825. Un año despues se llevó á efecto su buen intento, y asi por medio de esta luz sepulcral podiamos en lo sucesivo ver las paredes, y pasearnos sin rompernos la cabeza.

La segunda visita fue la del baron Von Vogel. Me encontró este en pésimo estado de salud, y noticioso de que el médico no se atrevia á prescribirme café, porque era objeto de lujo, bien que le considerase provechoso para mí, soltó en mi favor una palabra de consentimiento, y se me concedió la tal bebida.

La tercera fue la de no sé qué otro señor de la corte, sugeto de entre cincuenta y sesenta años, el cual nos demostró con buenos modos y palabras la mas generosa compasion. No podia hacer nada por nosotros, mas la expresion suave de su bondad era un beneficio, y le estuvimos agradecidos.

¡O qué anhelo tiene el preso de ver criaturas de su especie! La religion cristiana que es tan rica en humanidad, no ha olvidado de enumerar entre las obras de misericordia el *visitar los encarcelados*. El aspecto de hombres que se conduelen del infortunio de uno, aun cuando carezcan del arbitrio de aliviarle mas eficazmente, se lo mitiga.

La estremada soledad puede ser ventajosa para la enmienda de algunas almas, mas no creo que en general lo es aun mucho mas si no se lleva hasta el exceso, si se mezcla con algun contacto de la sociedad. Yo á lo menos estoy hecho asi, pues si no veo á mis semejantes, reconcentro mi amor en cortísimo número de entre ellos, y no amo á los demas; si puedo verlos, no diré muchos, sino un número regular, amo con ternura á todo el genero humano.

Millares de veces me he encontrado con el corazon tan únicamente ocupado en el amor de poquísimos, y tan lleno de odio por los demas que no me causaba ningun asombro. Entonces iba á la ventana suspirando por ver alguna cara nueva, y me estimaba feliz, si la centinela no se paseaba demasiado al ras de la pared, si se apartaba de ella lo bastante para poderla ver, si alzaba la cabeza oyéndome toser, si su fisonomía era buena, y cuando creia descubrir en ella trazas de compasion, nacia en mí una dulce palpitacion, como si este desconocido soldado fuese un íntimo amigo mio. Si se alejaba,

esperaba su vuelta con tierna inquietud, y si venia mirándome, me regocijaba como de un grande acto de caridad. Si no pasaba ya de modo que le viese, quedaba mortificado como hombre que ama, y conoce que los demas no le hacen caso.

LXXXV.

En la prision contigua, en otro tiempo de Oroboni, estaban ahora D. Marcos Fortini y D. Antonio Villa. Este último, otras veces robusto como un Hércules, padeció mucha hambre el primer año, y cuando tuvo mas alimento se encontró sin fuerzas para digerir. Anduvo lánguido por largo tiempo, y despues reducido casi á la estremidad, alcanzó le dieran una prision mas ventilada. La atmósfera mefítica de un angosto sepulcro le era sin duda muy nociva, asi como á todos los demas; pero el remedio que invocó no fue suficiente; en este cuarto grande, fue tirando todavía algunos meses, y al fin á consecuencia de varios esputos de sangre murió.

Fue asistido por su compañero D. Fortini, y por el abate Paulowich, venido á toda priesa de Viena, cuando se supo que estaba moribundo.

Aunque yo no estaba conexionado con él tan estrechamente como con Oroboni, su muerte sin embargo me afligió mucho, pues me constaba que era

amado con la mas viva ternura de sus padres y de su esposa. En cuanto á él, era mas de envidiar que de compadecer, pero ¡estos sobre vivientes!... Habia sido tambien mi vecino en los *Plomos*; Tremereño me habia traido varios versos suyos, y le habia llevado algunos míos. Algunas veces reinaba en los de él un profundo sentimiento de ánimo.

Despues de su muerte, eché de ver que le queria mas que en vida, sabiendo por los guardias cuán cruelmente habia sufrido. El infeliz no podia resignarse á morir, aunque era muy religioso; experimentó en supremo grado el horror de este terrible tránsito bendiciendo empero siempre al Señor, y esclamándole con lágrimas: « no puedo conformar mi voluntad con la vuestra, y no obstante lo quisiera, obrad pues en mí este milagro. » No tenia el valor de Oroboni, pero le imitó, protestando perdonar á sus enemigos.

A fines de este año (era el de 1826) oimos una noche en el corredor el ruido confuso de varias personas que andaban. Nuestros oidos se habian puesto muy hábiles en distinguir mil especies de ruidos. Abrese una puerta, conocimos era la de donde estaba el abogado Solera. Abrese otra, es la de Fortini. Entre algunas voces bajas discernimos la del director de policia. — ¿Qué será? ¿una requisita tan á deshora? Y ¿con qué motivo? Mas en breve salet de nuevo en el corredor, y he aquí la voz del buen

Fortini: *¡Triste de mí! disimulad, id andando, he olvidado un tomo del breviario.* Y corriendo corriendo volvió atras á buscarle, y en seguida se incorporó con la comitiva. La puerta de la escalera se abrió, oimos las pisadas de ellos hasta abajo: sacamos en claro que los dos dichosos habian recibido la gracia, y aunque sentiamos no seguirlos, nos regocijamos de su felicidad.

LXXXVI.

¿ La soltura de estos dos compañeros no debia tener para nosotros alguna consecuencia? ¿Cómo salian ellos, condenados como nosotros, uno por veinte años, otro por quince, sin que resplandeciese la misma gracia en nosotros y en los demas? ¿Existian pues prevenciones mas hostiles contra los no libertados? ¿ó estaria dispuesto indultarnos á todos en breves intervalos de distancia, á dos cada vez? ¿acaso todos los meses? ¿quizá cada dos ó tres?

Estuvimos asi dudando por algun tiempo, y se pasaron mas de tres sin que se verificase ninguna soltura. Hacia fines de 1827, pensamos que diciembre podia haberse determinado por aniversario de las gracias; mas este mes pasó, y nada aconteció.

Prolongamos la expectativa hasta el verano de 1828, completando entonces para mí siete años

y medio de pena, equivalentes, segun el dicho del Emperador, á los quince, con tal que se contase aquella desde que me prendieron; si no se queria comprender el tiempo del proceso (siendo esta suposicion la mas verosímil), sino comenzar desde la publicacion de la sentencia, los siete años y medio no cumplian sino en 1829.

Todos los plazos calculables se trasecurrieron, y la gracia no brilló para ninguno. Entre tanto, ya antes de la partida de Solera y Fortini, le habia salido á mi pobre Maroncelli un tumor en la rodilla izquierda. Al principio el dolor era suave, y solo le hacia cojear, despues le costaba trabajo arrastrar los grillos, y rara vez salia á paseo. Una mañana de otoño, se le antojó salir conmigo á respirar algun aire; habia ya nieve, y en un fatal momento que yo no le sostenia, se resbaló y cayó. El golpe que se pegó hizo al instante poner agudo al dolor de la rodilla. Le llevamos á su cama, pues no se hallaba ya en estado de sostenerse por sí. Cuando le vió el médico, decidióse por fin á hacerle quitar la cadena. El tumor empeoró de dia en dia, y se puso enorme, y cada vez mas dolorido. Tales eran los martirios del pobre enfermo que ni podia sosegar en la cama ni fuera de ella. Cuando debia moverse, levantarse ó acostarse, era necesario que agarrase con la mayor delicadeza posible la pierna lastimada y la pusiese muy despacio del modo que convenia. Algunas ve-

ces por el menor cambio de postura tenia que sufrir cuartos de hora de pasmo.

Sanguijuelas, fuentes, cáusticos, reparos secos y humedos, todo fue empleado por el médico: era acrecentamiento de dolor, y nada mas. Despues de la aplicacion de la piedra infernal se formaba la supuracion. Este tumor era todo una pura llaga, mas nunca se disminuia, ni la llaga supurante acarrea alivio alguno al dolor.

Maroncelli era mil veces mas infeliz que yo, y por lo tanto no era poco lo que yo sufría con él. Los cuidados de enfermero me eran dulces, porque usaba de ellos con tan digno amigo. Pero verle menoscabarse así, en medio de tan dilatados y atroces tormentos, y no poder darle salud, y presagiar que aquella rodilla jamas sanaria, y ver que era mas verosímil la muerte del doliente que la cura, y deberle continuamente admirar por su valor y serenidad, ¡ah! esto me angustiaba de un modo inaplicable.

LXXXVII.

En este deplorable estado él versificaba igualmente, cantaba y discurria; hacia todo en fin por alucinarme y encubrirme una parte de sus dolencias. Ni podia ya digerir, ni dormir, se enflaquecia

de un modo espantoso, y se desmayaba con frecuencia. Sin embargo por algunos instantes se alentaba y recobraba vida, dándome á mí ánimo al propio tiempo.

No se puede describir lo que sufrí por espacio de nueve meses consecutivos, al cabo de los cuales fue concedido se tuviese una consulta: vino el protomédico, aprobó todo cuanto habia mandado su comprofesor, y sin pronunciar su opinion sobre la enfermedad y lo que quedaba por hacer se marchó. A poco, vino el superintendente, y dijo á Maroncelli: — El protomédico no se ha aventurado á esplicarse aquí en vuestra presencia, temiendo no tendriais vos la fortaleza de oír anunciar una dura necesidad. Le he asegurado que no careceis vos de valor.

— Creo, dijo Maroncelli, haber dado alguna prueba de él con sufrir estos tormentos sin quejarme. ¿Me se propondrá por ventura?...

— Si señor, la amputacion. Solamente que el protomédico viendo un cuerpo tan estenuado titubea en aconsejarla. ¿Con tanta debilidad os sentís vos capaz de soportarla? ¿Quereis vos esponeros al peligro?...

— ¿De morir? ¿Y no moriré en breve lo mismo si no se ataja este mal?

— Luego daremos parte al momento á Viena de todo esto, y tan pronto como venga la licencia de amputar á vos....

— ¿Qué? ¿para eso se requiere una licencia?

— Si señor.

De allí á ocho dias el esperado consentimiento llegó.

El enfermo fue trasladado á un cuarto mayor, y pidió que yo le acompañase.

— Podré espirar en el acto mismo de la operacion, dijo él, lo menos es que me encuentre entre los brazos de mi amigo.

Mi compañía le fue concedida.

El abate Wrba, nuestro confesor (sucesor de Paulowich), vino á administrar los sacramentos al infeliz. Cumplido este acto de religion, aguardabamos á los cirujanos, y no llegaban. Maroncelli se puso todavía á cantar un himno.

Llegaron en fin los operadores: eran dos, uno el ordinario de la casa, esto es, nuestro barbero, pues cuando ocurrían operaciones, tenia derecho de hacerlas por sus propias manos, y no queria ceder el honor de ellas á otros; el otro era un jóven cirujano, discípulo de la escuela de Viena, y gozando ya fama de mucha habilidad. Este, mandado por el gobernador para asistir á la operacion y dirigirla, hubiera querido hacerla él mismo, mas tuvo que contentarse con vigilar á la ejecucion.

El paciente fue sentado al borde de la cama con las piernas colgando: yo le tenia entre mis brazos. Por encima de la rodilla, en el sitio en que el muslo

empezaba á estar sano, se hizo una ligadura para indicar el circuito que debia seguir el instrumento. El cirujano viejo cortó todo en derredor á la profundidad de un dedo, en seguida levantó el pellejo cortado, y continuó la incision de los músculos des- pellejados. La sangre corría á borbotones de las arterias, las cuales fueron atadas muy luego con hilo de seda; y por último se aserró el hueso.

Maroncelli no dió siquiera un grito. Cuando vió que le llevaban la pierna cortada, le echó una ojeada de compasion, despues volviéndose hácia el operador le dijo: — vos me habeis librado de un enemigo, y no tengo modo de remuneraros.

Habia en un vaso sobre la ventana una rosa.

— Ruégote que me traigas esa rosa, me dijo.

Llévesela; y la ofreció al anciano cirujano, diciéndole:

— No tengo otra cosa que ofrecer á vos en prueba de mi gratitud.

Este tomó la rosa y lloró.

LXXXVIII.

Los cirujanos habian creido que la enfermería de Espielberga suministraria todo lo necesario, escepto los instrumentos que ellos traian. Hecha la amputacion, echaron de ver que faltaban diversas cosas indispensables, cuales eran lienzo engomado, nieve,

vendas, etc. El pobre mutilado hubo de aguardar dos horas antes que todo esto fuese traído de la ciudad; en fin pudo tenderse en la cama, y le aplicaron nieve en el muñon. Al dia siguiente quitaron los cuajarones de sangre que se habian formado en este, le lavaron, estiraron el pellejo hácia abajo, y le vendaron. Por varios dias no se dió al enfermo sino alguna que otra media taza de caldo con una yema de huevo desleida; y cuando pasó el peligro de la calentura vulneraria se empeoró gradualmente á restaurarle con alimento mas sustancioso, habiendo ordenado el Emperador que asi que fuesen restablecidas las fuerzas, se le diese buena comida de la cocina del superintendente.

La cura se operó en cuarenta dias, pasados los cuales nos volvieron á conducir á nuestra prision; esta la habian agrandado, abriendo una puerta de comunicacion entre nuestro cuarto y aquel en que habian vivido Oroboni y Villa. Trasladé mi cama al mismo sitio en que habia estado la de aquel, y en donde habia muerto, pues esta identidad local me era apreciable, pareciéndome aproximar á Oroboni. Soñaba á menudo con él, y creia que su espíritu realmente me visitaba, y me serenaba con celestiales consuelos.

El espectáculo horrible de tantos tormentos sufridos por Maroncelli antes que le cortáran la pierna, durante la operacion, y aun despues de ella me for-

talecio el ánimo. Dios que me habia dado suficiente salud en el tiempo de la enfermedad suya, porque mi asistencia le era necesaria, me la quitó, cuando él podía ya sostenerse con muletas. Me salieron varios tumores grandulosos que me hacian sufrir infinito; sanaron, y tras estos se siguieron dolores de pecho que ya otras veces habia experimentado, pero ahora me sufocaban mas que nunca, con vértigos y disenteria espasmódica.

Ha llegado mi turno, decia entre mí, ¿seré menos sufrido que mi amigo? Desde entonces procuré imitar su virtud en cuanto me era posible. No hay duda que toda condicion humana tiene sus deberes peculiares; los de un enfermo son la paciencia, el espíritu, y todos los conatos por no ser desagradable á cuantos le rodean.

Maroncelli con sus pobres muletas no tenia ya la agilidad de otras veces, lo que sentia, temiendo servirme menos bien, y que por ahorrarle movimientos y fatiga, no me valiese yo de sus servicios cuanto me era necesario. Ciertamente esto sucedia algunas veces, mas yo procuraba disimularlo.

Sin embargo de haber recobrado fuerzas, se resentia todavía mucho, pues padecia como todos las amputados sensaciones dolorosas en los nervios, como si viviese aun la parte cortada, doliéndole el pie, la pierna y la rodilla que ya no tenia. Alléguese á esto que el hueso habia estado mal aserrado, pene-

traba en las nuevas carnes, y causaba frecuentes llagas; solo fue pasado cerca de un año que el muñon se puso bastante endurecido, y no se abrió mas.

LXXXIX.

Nuevos males asaltaron al desdichado, y casi sin intervalo primeramente una artritis que empezó por las coyunturas de las manos, y en seguida le estuvo martirizando por varios meses toda su persona; despues el escorbuto, llenándole en breve el cuerpo de manchas lívidas que metian miedo.

Trataba yo de consolarme, pensando entre mí: puesto que es preciso morir aquí dentro, mas vale que haya venido á uno de los dos el escorbuto, pues es mal epidémico, y nos conducirá á la tumba, sino juntos, á lo menos á poca distancia de tiempo.

Nos preparabamos entrambos á la muerte, y estábamos tranquilos. Nueve años de cárcel y graves padecimientos nos habian al cabo connaturalizado con la idea del total desfallecimiento de dos cuerpos tan arruinados y deseosos de paz. Nuestras almas confiaban en la bondad de Dios, y creian reunirse ambas en parage en que cesan todos los enconos de los hombres, y en que pediamos se reuniesen tambien algun dia á nosotros aplacados aquellos que no nos amaban.